gidos ha tenido que pasar la acusacion ántes de llegar al pequeño de los pequeños, os aseguro que experimento cierta inquietud, pues veo alineado en mi pensamiento el concilio augusto que ha predicado la doctrina de la perfectibilidad, desde Pascal hasta Turgot, y desde Turgot hasta Lessing, y no puedo ménos de decirme á mí mismo:

Si sueño, sueño al ménos en buena compañía.

Pero no. El buscar la verdad desinteresadamente tiene en sí algo de sagrado; pero cuando un pensador devorado de aquella sed divina, por pequeña que sea, va á caer en un error, vos debeis el primero, precisamente porque sois el más grande, levantarle con bondad y tratarle con respeto.

Dejemos á los sabios del momento, á los sacerdotes de la cifra, á esos pretendidos espíritus positivos, siempre cogidos por el acontecimiento en flagrante delito de mistificacion, la pueril dicha de encogerse de hombros á la aparicion de una idea, y decir á la muchedumbre enseñándosela con el dedo:

«¡Todavía una utopia más!»

TERCERA PARTE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Nosotros vamos lentamente; la afirmacion tiene el vuelo ligero, el espacio libre, miéntras que la refutacion tiene el soplo corto y arrastra en su seguimiento to una carga de hechos y de razonamientos. Pero no importa, continuemos; con un poco de paciencia llegarémos pronto al desenlace.

Acabais de interpelar al progreso con respecto al cuerpo humano, y le habeis conjurado os diga bajo qué forma y con qué fin á esa masa de cinco piés y algunas pulgadas ha añadido un órgano más, un miembro más, un átomo más, en fin, de materia.

Creo haber respondido ya á esa primera objecion que tiene su valor, pues á lo que parece ha encontrado un admirador en uno de los profesores de la Universidad.

Pasais en seguida á tratar de la materia á la sociedad, y áun allí nos desafiais á que os enseñemos sobre el polvo del tiempo una sola traza del progreso. Y marchando á grandes pasos en la historia, nos arrojais los siglos á la cara con admirables explosiones de elocuencia, pues vos tratais la cuestion únicamente por apóstrofes, y en el magnífico tumulto de vuestra palabra podria responderos desde ahora:

«Nuestra causa está ganada, pues donde sólo se necesita reflexionar os fuerza contínuamente á refugiaros en la elocuencia.»

Vos os dirigís á la ancianidad, sin querer por eso darles el monopolio de la razon, y en vuestro brusco apóstrofe al progreso haceis excepcion de la industria, nombrándola apénas con la punta de los labios, como un descargo de vuestra conciencia:

«Excepto en algunas industrias puramente mecánicas que cambian la forma de una civilizacion sin cambiar el fondo, ¿en dónde se encuentran esos síntomas tan notables de la perfectibilidad indefinida de la especie humana?»

¿Industrias puramente mecánicas? Decid más bien ciencias aplicadas, pues son necesarias la geometría, el álgebra, dinámica, física, cálculo diferencial, todos estos conocimientos, todas estas hijas austeras del genio humano para remover y levantar el más pequeño piston.

¿Será, pues, verdad que las industrias, esas perpétuas invocaciones del hombre á las fuerzas de la naturaleza para escapar á los rigores de nuestras miserias, cambian sólo el modo sin cambiar el fondo de la humanidad?

¿Es que la arquitectura, que es la primera industria que se ha inventado, construyendo las casas y sacando á la humanidad de aquel estado de vagancia y de vida en medio de los campos para llevarla al órden regular de la ciudad habia modificado solamente una forma insignificante de la civilizacion? Volved á leer la etimología. Civilizacion, ciudad, es la misma palabra en su orígen. De suerte que si la civilizacion tiene alguna ventaja sobre la barbarie, es por haber cambiado el fondo bárbaro de la humanidad.

Al sustituir á la fuerza muscular del esclavo, condenado á la del molino, la fuerza mecánica de la rueda impulsada por la corriente, ¿no ha contribuido á la emancipacion de la esclavitud más que todas las teorías hasta ahora tan decantadas?

Predicad la libertad, haceis bien; pero la predicaréis en vano si no encontrais desde luégo el medio de cambiar al trabajador por la máquina, pues la sociedad tiene necesidad de vivir de una cantidad de trabajo fatalmente determinado.

¿Qué importa, diréis tal vez, y si vos no lo decís otros lo han dicho, que la industria haya ayudado en

cierto momento á la humanidad á franquear el paso de una civilizacion, si desde entónces, y sobre todo en nuestro tiempo, ha desenvuelto en la sociedad la avaricia del goce, la podredumbre del corazon humano?

¿Qué ha hecho en definitiva para merecer un himno en su honor? Un poco más de ruido ó de humo bajo el nombre de máquina de vapor; ha inventado tambien el gas hidrógeno; el dorado por el procedimiento Ruolz; ¿pero en qué pueden contribuir á la sabiduría ó á la inteligencia humana estos dos inventos?

El mundo no fabrica por eso más algodon, no destila más alcohol, no refina más azúcar, no viaja más rápidamente, no come mejor, ni bebe mejor, ni practica mejor la felicidad, si podemos llamar felicidad al baile, la ópera, el lujo bajo todas las formas, lujo de flores, de muebles, de tocadores.

¿Para qué ha servido el progreso de la mecánica? añadís, para hacer del obrero la máquina de la máquina, pues ántes el obrero trabajaba sobre el suelo y vivia al sol entre el perfume de la vendimia y la cosecha, y ponia en su trabajo una parte de sí mismo, de su voluntad, de su perspicacia.

Pero el dia en que, instigado por el progreso, sacudió el polvo del surco y desertó de su pueblo, ¿dónde ha ido á parar?

Ha ido al fondo de la tierra á labrar á la luz de una

lámpara un infierno de carbon; este carbon se enciende y brota una columna de vapor silbando de una trampa.

A esta señal, la máquina en reposo entra en actividad; la rueda da vueltas; el piston sube y baja cadenciosamente, y el obrero de pié, con la mano puesta sobre la de hierro de la máquina, lucha desde por la mañana hasta por la noche con este terrible compañero de trabajo. Rivalidad implacable de la materia con el hombre, ó más bien absorcion de la materia con el hombre, ya no tiene pensamiento ni voluntad, ha entregado su alma á un balancin.

Y ahora la economía política y su digna hermana la filantropía golpean su pecho con dolor al ver á la clase proletaria buscar un olvido de la existencia en la bebida.

¡Es preciso, sin embargo, que el hombre, arrancado al cultivo de la agricultura, halle al ménos una vez por semana en el espejo mágico del alcohol el sendero de su país y el camino cubierto de flores de su infancia!

¿Y por qué la industria pone todo un mundo de hierro en movimiento? Para multiplicar la alegría del cuerpo, el harapo dorado de esas mil pequeñeces agradables de la vida; pues nacido de la materia la industria, debia necesariamente alcanzar la glorificacion de la materia en la decadencia de todas las virtudes, y por consiguiente en la agonía de la sociedad.

Este es el fondo de vuestro pensamiento, ¿no es verdad? Bien lo he confesado, y permitidme que os diga que cometeis un error.

Léjos de nacer de la materia para abundar en el sentido del materialismo, la industra nace, al contrario, de la inteligencia para desenvolver el contagio. Todas las máquinas en este mundo han empezado por ser una idea, y porque veis hoy esta idea encarnada en una forma material la llamais materia y goce de la materia al goce de esta idea.

Es decir, que la máquina inflige únicamente en el obrero el suplicio de Majencio, atándole vivo, no á un cadáver sino á una especie de suplicio que le arrastra de dia sobre la rueda, y por la tarde le arroja al suelo rendido de fatiga.

Sí; sin duda, hasta el presente, la máquina inflige al proletario una ruda tarea. Pero tambien esta fuerza supletoria de la humanidad le libra á la larga de la necesidad del trabajo manual para elevarle al descanso de la inteligencia. Insensible pero infatigablemente, con la constancia y la regularidad de la ley de la naturaleza, eleva el salario al capital y por consiguiente al pensamiento.

Supongamos por un instante que pudieseis con un rasgo de pluma suprimir todas las máquinas que funcionan sobre nuestro territorio, y que por caridad á vuestra doctrina cedieseis á la tentacion. Pues bien:

no haciendo ya más ruedas, ni cilindros, se veria el hombre reducido á su mano; una onza de carne para luchar contra la naturaleza. ¿Qué sucederia despues?

¿Habeis pensado en ello? La clase pensadora representa á una cabeza que, cifra por cifra, contiene la cantidad de fuerzas complementarias concedidas á la humanidad por la mecánica, y la humanidad tiene necesidad de todas sus fuerzas para abastecer las múltiples existencias de la vida moderna.

La sociedad deberia, pues, necesariamente volver á echar sobre sus hombros la carga que ha echado sobre la máquina, y de ese modo volveria la civilizacion á la servidumbre y á la esclavitud en seguida.

La industria, sin embargo, añadís, engendra la riqueza, la riqueza el lujo, y el lujo el desenfreno. Ciertamente que vuestro contradictor está bien desinteresado en la cuestion, puesto que no posee ni hôtel, ni carruaje; todo su lujo es un libro. Convengo con vos que la pasion exclusiva del lujo varía el carácter de una nacion.

¿Pero merece el lujo vuestros anatemas? ¿Qué es en definitiva? Lo bello añadido á lo útil: un instinto del alma de tal modo irresistible que, del dia mismo en que el hombre ha arrollado la materia á su servicio, ha procurado verter allí la hermosura de la forma y del calor; gracias á esta forma y al color así modulados,

y matizados hasta lo infinito sobre su cuerpo, alrededor de su cuerpo, escapa á la humildad del estado de la naturaleza y va marcado con el signo visible de su título real.

A medida que el sér sube en grados en la creacion, se reviste de una nueva riqueza.

Colocado el reino vegetal en el último escalon de la vida, lleva la librea uniforme de la verdura; subid á otro reino con el pensamiento y veréis al animal revestido de un lujo inextinguible de tocado.

¡Y quereis que el hombre, el sér de los séres, arrastre miserablemente sobre su persona el luto de una existencia desheredada del derecho de brillar!

Desengañaos; el hombre investido del derecho de crear, y creador sobre sí mismo en virtud de su inteligencia, prosigue de siglo en siglo el complemento de su sér en la poesía de su vestido. Sin duda sufre aún y lleva aún impresa la traza de su miseria. Pero dejad correr el tiempo, y la humanidad, cada vez más libre por medio del trabajo, brillará á su alrededor con todo el esplendor de su metamórfosis.

Entónces el tejido radiante, la seda eléctrica, el záfiro, el diamante, el oro, la plata, el mármol, el pórfido, trenzados, cincelados, esculpidos, esparcidos sobre el cuerpo del hombre ó en su morada, dirán á su espíritu por todos los ecos de la mirada que si cual otro animal respira y digiere, tiene tambien el privilegio de poetizar y espiritualizar su sér, elevándole por el lujo á la idea de lo bello.

Por otra parte, extendido el lujo sobre él como la decoracion de su existencia refluye en él y le inspira una recrudescencia de dignidad. Un filósofo miraba la propiedad como una virtud, pues el lujo no es más que la última palabra de la propiedad, la propiedad elevada en todo su esplendor.

Ciertamente de todos los lujos el más fútil en apariencia es la flor, que nace y muere de un soplo, y sin embargo, la pobre obrera que coloca sobre su ventana un rosal comprado casi siempre á costa de su pan cuotidiano, contrae en el fondo de su buhardilla no sé qué nueva naturaleza.

Un rayo de gracia ha tocado su frente, y entra con un vaso en la mano en el mundo de lo bello, ese lirismo de la mirada.

II.

Pero, replicais: tambien estamos léjos de creer que el progreso en la industria y el progreso en política prueba, al contrario, su incompatibilidad de naturaleza ante el espectáculo del mundo, pues el uno vive de ideas y el otro de goces.

De suerte que para gozar convenientemente el industrialismo aconseja desechar toda preocupacion de espíritu. No es el industrialismo quien ha procurado este partido de vientre satisfecho que se llama el partido conservador, y que yo llamo el partido limitado. Este partido egoista de por sí y para sí; este partido poltron y feroz por poltronería, mira una idea como una rebelion y una reforma como una catástrofe.

En una sociedad dirigida por el espíritu de industrialismo el escudo basta, y el gendarme puede conservar el escudo; y cuanto más interviene el gendarme más la cosa pública toca á su perfeccion. No hableis de libertad á un millonario salido del caoutchouc ó del animal negro, pues os considerará como un asesino, irá á buscar su rewolver, ó más bien el rewolver de lo que él llama un poder fuerte, de un matamoros coronado que le persuadirá que salva la fortuna pública gastándola en remunerar millares de talentos de segundo órden y en asalariar convenientemente los cortesanos y cortesanas de su palacio.

Esto es lo que decís, y si no lo decís lo pensais, y debo confesar que al presente teneis razon; sin embargo, áun os engañais. Tomais un cuarto de hora por un argumento.

Que el progreso marcha á paso de carga en industria, corriente; pero que marcha forzadamente en sentido inverso de la libertad nosotros lo negamos, pues

sería preciso maldecir el nacimiento de Watt, romper la máquina de vapor y volver á la rueca.

La dignidad importa más al hombre: entra más en la ley de su destino que la tela barata ó la locomotora á gran velocidad.

Así, pues, nada de libertad, nada de dignidad, nada de moralidad, pues el hombre no es un sér moral porque es un sér libre, y el dia en que pierda una parte de esa libertad pierde incontinente una parte equivalente de virtud.

Homero ha sido el primero que lo ha dicho. Ved al esclavo.

El vicio prende más fácilmente sobre el alma pasiva; el alma activa tiene sólo contra él la fuerza de reaccion.

Sin duda á primera vista la industria desenvuelve desmesuradamente el espíritu de egoismo en cierta porcion de la sociedad. Jugar al alza, jugar á la baja, tratar la vida como una California de paso, recoger apresuradamente su lingote en el lodo y despues devorar aparte su botin, sin contar un instante con el corazon, con la idea, con el derecho, con la justicia, con todo lo que hace al hombre grande; tal es, en efecto, el hecho corriente de esta multitud innumerable, que se ingenia únicamente en poner una cifra sobre otra cifra, en vender con prima un cupon de una accion ó en ganar ó tocar un dividendo.

Pero si la industria mal entendida sobreexcita en un rincon de la sociedad una necesidad de bienestar, de reposo, falsamente llamado órden, como si el órden pudiese existir fuera de la vida para un sér viviente, preciso es convenir que rescata de una manera ámplia este inconveniente por el concurso que, sin saberlo, y por una especie de ley de la naturaleza, trae incesante al espíritu de la libertad.

Que tenga ó no tenga conciencia de ello, que tenga ó no tenga la voluntad, multiplicándose cada vez más el trabajo, y un trabajo cada vez más sabio, atrae cada dia sobre la escena del fondo del pueblo una masa cada vez más numerosa de trabajadores instruidos, viviendo á la vez del salario y de la inteligencia; geómetras, ingenieros, mecánicos, dibujantes, decoradores, ópticos, tipógrafos, artistas del cincel, del compás y de la luna, contramaestres de la civilizacion moralizados por el trabajo, que es el primer moralista del mundo; corazones ardientes, espíritus nuevos, abiertos á toda idea, deslumbrados al salir de la sombra á la claridad, pero sinceros con ellos mismos y prontos á retractarse y á seguir los pasos de la verdad.

Esta es la infatigable democracia, la segunda capa de la medianía llevada á su verdadera expresion. Los hombres de inteligencia, y por consiguiente de libertad salidos del proletariado, apénas eran ayer cien

mil, hoy son un millon, dos millones, y el número va siempre creciendo.

Cada vez que oimos la máquina de vapor batir el aire con su ritmo perdido en su vuelo tan rápido como el de la golondrina, la bendecimos desde el fondo de nuestro corazon con un religioso respeto, pues propaga la causa de la libertad, la causa de la democracia, más que ninguna palabra de cualquier hombre viviente. El camino de hierro es más que un medio de trasporte: es el apóstol de la libertad.

Hasta este momento de la historia, hasta el perfeccionamiento de la mecánica aplicada á la industria, el trabajo no exigia del trabajador más que un gasto de fuerza, sin más idea que la que el buey tiene del arado. El obrero es, propiamente hablando, el apéndice de la máquina. Pero en nuestro tiempo, gracias al refinamiento de la mecánica, el trabajo exige del trabajador cierta accion de su inteligencia: el estudio de la aritmética, de la física, de la química y del dibujo.

Por la tarde, á la salida del taller, el obrero vuelve á encontrar esta inteligencia, ya desenvuelta una primera vez, curiosa é inquieta de un nuevo desarrollo.

El obrero lee, reflexiona, escucha las voces del siglo, aprende á contar con las ideas, y sin querer adular á uno con detrimento de otro, aprende á filosofar y á pensar.

Por una misteriosa concordancia de la civilizacion, todo nuevo órden de trabajo introduce una nueva clase en la sociedad, y esta nueva clase es otra arma intelectual de la libertad.

Cuando en medio de la Edad Media la multitud confusa y anónima de la servidumbre pasó á ejercer la pequeña industria del oficio de mano, del oficio de domicilio, la libertad dió su primer grito en Europa y sonó su primer clarin. Esta fué la hora de las corporaciones; la hora de los republicanos, tejedores y herreros de Gand, de Lieja, de Amiens, de Florencia. El tercer estado acababa de nacer, y debia crecer hasta llegar aquel dia en que dijo: «La nacion es mia.»

Cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo revolucionó la vida material del hombre, provocó un contínuo va y viene de un lado al otro del Atlántico, acumulando la actividad social al borde del mar é improvisando en el límite movible de la ola otros capitales destinados á hacer frente á las colonias nacientes; el nuevo órden de trabajo suscitó aún una nueva clase, la clase comerciante, y esta clase comerciante dió la señal de una nueva expansion de libertad, no de libertad limitada ó puramente comunista, reducida á la sombra del campanario del pueblo, sino de libertad política, de libertad general, extensa, como la marcha del navío á través de la circunferencia del universo.

Las naciones marítimas han sido las primeras en dar el ejemplo de esta emancipacion en grande escala: primero en Holanda, luégo en Inglaterra, despues en la América del Norte, y por fin en Francia el dia glorioso de la toma de la Bastilla; en este dia las ciudades que más se distinguieron por su intrépido amor á la Revolucion, fueron precisamente las grandes metrópolis del comercio. El viento soplaba del lado del mar.

Al presente el trabajo de la mecánica ha esparcido sobre toda la superficie del país una actividad mil veces más considerable que toda la labor reunida del pasado, y ha improvisado una poblacion jóven como el siglo, progresiva como él, nacida de la libertad y hecha para la libertad.

Pues bien: cuando todo lo que trabaja en el mundo, desde el orígen del mundo, trabaja para libertar al hombre y deponer sobre el suelo una nueva capa de libertad, y cuando hoy el vapor, la electricidad, esta creacion de ayer, puesta en movimiento por el genio humano; cuando la tierra removida hasta sus entrañas y estremecida como por el sacudimiento de un alma nueva; cuando esto conspira fatalmente para la libertad y trae á la libertad una fuerza capaz de levantar el planeta, ¿es este momento, hombre de poca fe, el que escogeríais para dudar del porvenir y decir como el otro vencido: «muramos»?

Nosotros estamos tan ciertos de la victoria del derecho por la sola fuerza de las cosas, sin la asistencia de ninguna otra fuerza, que aplazamos para el porvenir la causa de la Europa, y miéntras tanto esperamos en silencio. Pero ved los pasos que ha hecho en la vida del hombre por el sólo poder de los principios latentes, y nosotros llamamos principios latentes todos los progresos, todos los trabajos de la sociedad, lo mismo los trabajos manuales que los trabajos del pensamiento.

Inmediatamente despues de la fúnebre reaccion á mano armada de la Monarquía contra la Revolucion, la Europa duerme bajo la mano de hierro de la Santa Alianza. Apénas la Francia, y la Francia es la Europa en cuestion de libertad, cuenta un pequeño grupo de ideólogos, últimos sobrevivientes de la Revolucion, fieles á su inmortal divisa. Quince años despues el grupo es toda la medianía. La masa ha cogido la levadura. Quince años despues la libertad ha descendido al pueblo, y el sufragio universal viene á consagrar la victoria. La libertad ha ganado millones de votos y vos gemís por algunas defecciones de minorías pequeñas, condenadas á llorar sobre sus viejos principios como sobre desvaríos de la juventud; os cubris la cabeza de ceniza y vais gritando por las plazas públicas: «¡Todo se ha perdido!....» Al contrario, todo se ha salvado.

¡Echad una mirada á la Europa!

A fines del último siglo la Francia proclama el principio de la soberanía nacional, y sin embargo, á pesar de la profecía de que la bandera tricolor daria la vuelta al mundo, ninguna voz responde á nuestra llamada, ninguna nacion corrige su gobierno; por todas partes, al contrario, pueblos y reyes marchan de comun acuerdo contra la Revolucion francesa para ahogarla en su cuna.

Veinticinco años despues estalla otra revolucion en París, y la Europa, indiferente al movimiento del 89, prende fuego, si no por todas partes á la vez, al ménos en Bélgica, en Polonia, en Portugal, en España y en Italia. La Alemania guarda silencio: escucha á Hegel.

La Hungría hacía su exámen de conciencia; respetaba aún al Austria.

En fin, cayó un trono en una mañana de Febrero. Vos sabeis algo de eso, y al momento, desde el Rhin hasta el Danubio y desde el Vístula al Tíber, todos los demás tronos de grandes y pequeños soberanos temblaron ó cayeron al mismo sacudimiento.

¿Es que la Francia lleva la bandera en la Europa? Si la Francia duerme, la Europa duerme; si la Francia se mueve, la Europa se estremece.

¿Es que la Francia ejerce sobre la Europa el poder de la iniciativa y la dominacion del ejemplo? No es

eso precisamente, sino que el movimiento del trabajo ha provocado por doquier el mismo movimiento de ideas, el mismo movimiento de libertad.

III.

¿En dónde están las pruebas, decís? Y precipitando pregunta sobre pregunta con un ardor que en cualquier otro pareceria querer ganar la objecion de velocidad para escapar á la respuesta, nos preguntais acaloradamente en dónde, cuándo, bajo qué forma, en qué ocasion hemos sorprendido la historia en flagrante delito de progreso:

¿Es en los libros?

¿En las ideas?

¿En las artes?

¿En las pasiones?

¿En las instituciones?

¿En la felicidad pública?

¿En la dicha individual?

Y cerrais sobre este último capítulo el interrogatorio del pasado, como si hubieseis agotado en realidad todas las hipótesis del progreso.

Hablais de abundancia y teneis más derecho que nadie á la poesía, á la elocuencia, á la arquitectura, á la escultura, á la biblioteca de Persépolis, de Job, de Salomon, de Ciceron, de Napoleon. Pero de la religion ni de la ciencia ni una palabra, ni de la legislacion tampoco, y ménos aún de la suerte de la mujer.

¿Como habeis podido olvidar en el camino esas primeras funciones del problema? Teneis demasiada lealtad para buscar las ventajas sobre vuestros adversarios por reticencias, ó, como se dice en lenguaje de colegio, por omision.

¡Pues qué! ¿la religion será para la humanidad ménos que una estátua, la mujer que una columna corintia, el Código que un vaso etrusco, la astronomía que una pagoda india, la medicina que un período de Ciceron y la química que un gemido de Job en el muladar? Solamente aquel que no os conozca podria calumniaros gratuitamente suponiéndoos semejante pensamiento.

¿Por qué capricho ó por qué lapsus de pluma toda una parte de la humanidad, y la más importante, la habeis olvidado en esta rápida enumeracion de las condiciones del progreso?

Segun una presion secreta de vuestra tésis, sobre vuestro espíritu habeis sentido, ó más bien vuestro error ha sentido en vos sin vos saberlo, que si pronunciais una sola de estas palabras de ciencia ó de re-

ligion el argumento iba á rebotar contra vos y á heriros con vuestra propia flecha como Philotecto.

No importa; mutilado ó no, yo acepto el debate tal como me lo habeis propuesto.

Vos escogeis el terreno, medís en el progreso su parte de campo y de sol; la verdad no puede sin peligro haceros esta concesion; no es verdad más que á condicion de ser verdadera, tanto en el conjunto como en los detalles.

Voy á señalaros todas vuestras objeciones una á una, en los términos mismos en que las habeis formulado.

¿Están en los libros, preguntais, estos monumentos escritos del pensamiento de los pueblos? No, pues juzgando por los sublimes fragmentos que se han podido descifrar de la China, de la India primitiva, de la Grecia y de Roma, no vemos que sean inferiores estos monumentos escritos á las páginas de la Edad Media, oscurecidas por las tinieblas, y de los dos ó tres últimos siglos, que son el crepúsculo del renacimiento del pensamiento. Las cenizas de la biblioteca de Persépolis ó de Alejandría no nos han dejado más que algunas chispas, pero estos chispazos atestiguan una hoguera tan luminosa como la de nuestra jóven Europa.

En dónde está el progreso, ¿en los libros?

En ellos mismos, os contesto.

Los libros marcan probablemente un progreso sobre

los recitados ambulantes de las rapsodias. La lógica misteriosa de las cosas ha fundido de tal manera la lengua en su timbre, que no podreis tocar á una sola nota sin que ésta os dé el sonido del progreso.

Podemos, es verdad, en una hora de fatiga despedir al progreso y echar la cortina sobre la claridad para tomar un instante de reposo, pero no deja por eso de estar siempre allí velando el progreso que nos rodea, nos estrecha en sus brazos y nos penetra por todas partes y por todos los poros á la vez.

A la misma hora en que, sentado á vuestra mesa, ensayais negarlo con la pluma en la mano, sentado á vuestro lado os mira y se sonrie de vuestra ilusion; pues esta mesa, esta pluma, este tintero, este cuarto, esta ventana, este grabado, este espejo, todo lo que veis, todo lo que tocais, os recuerda el progreso de dónde procede, y teneis que predicar el progreso.

Cualquier cosa que hagais, cualquier cosa que digais, haceis acto del progreso ó la llamais conquista del progreso.

Vos atacais al progreso con la prensa, que es un arma del progreso. Renuncias al progreso, pero la palabra misma de que os servís dice progreso.

Si el libro es un perfeccionamiento sobre la rapsodia, la multiplicacion del libro es tambien una conquista de más en la civizacion, puesto que aumenta el número de los convidados de la inteligencia.

Al vomitar la imprenta por millones de ejemplares la palabra escrita sobre el mundo entero, ha puesto hoy, ó tiende á poner por todas partes al hombre al nivel de la más alta concepcion posible de la humanidad.

¿Pues qué es el hombre al salir de la cuna?

Un ser formado que necesita, para su desarrollo moral, un complemento llamado instruccion.

Por la instruccion solamente mantiene á respetuosa distancia al salvaje, su igual en físico. Por la instruccion solamente multiplica su alma tantas veces cuantas adquiere una idea.

Gracias á esta adquisicion reviste la naturaleza universal de la humanidad, que es la última y suprema expresion del progreso.

Roma tenía razon en dar el nombre de humanidad al estudio. El estudio es el ensanche del indivíduo y la medida de la especie.

Si la imprenta ha dado pruebas de progreso multiplicando el pan del alma, las ha dado aún más arrancando al libro, por efecto de su multiplicidad misma, de todos los eventos de la destruccion.

¿Por qué la biblioteca de Persépolis ó la de Alejandría ha sepultado para siempre una parte del ingenio humano?

Porque la dificultad de la escritura y su lentitud condenaban al pensamiento del sabio ó del poeta á circular en el mundo en un pequeño número

de ejemplares, algunas veces de un solo ejemplar.

Pero al presente, ¿qué antorcha incendiaria ó qué temblor de tierra puede destruir la obra escrita, la obra impresa esparcida con profusion sobre toda la superficie del planeta?

La difusion de la obra escrita por la prensa y la indestructibilidad de la obra por la difusion, son dos progresos que hemos llevado á cabo sobre la antigüedad.

¿Es decir por eso que haya perecido la antigüedad en su genio en Persépolis ó Alejandría, y que de esta hoguera luminosa, como decís, no ha salvado el tiempo más que una chispa?

Pues bien: esta chispa es la que la humanidad ha perdido salvando á la hoguera.

La antigüedad no ha conocido de seguro, y el viento no ha echado en olvido con las cenizas de Serapeum, las de los poetas más grandes de la antigüedad, Homero y Virgilio; de los más grandes dramaturgos, Eschylo y Sófocles; de los grandes filósofos, Platon y Aristóteles; de los grandes oradores, Demóstenes y Ciceron; de los grandes historiadores, Thucídides y Tácito.

Nosotros en el dia poseemos las obras de nuestros antepasados en las civilizaciones, más ó ménos completas, pero lo suficientes para juzgar su génio con conocimiento de causa y su génio en el pasado.

Sea cual sea la pérdida de la literatura de segundo

órden sustraida á nuestra curiosidad por un accidente cualquiera, no deja por eso de ser una pérdida para la pedagogia, y la imprenta ha merecido bien de la humanidad y de la civilizacion poniendo en adelante el pensamiento humano fuera del alcance del saqueo y del incendio.

Pero por esta palabra «libro,» palabra vaga, arbitraria y de doble sentido, no entendeis solamente, y me apresuro á reconocerlo, el libro material, el proceder material, más ó ménos ingenioso, más ó ménos rápido, de incorporar la palabra bajo un volúmen dado y esparcir á la multitud esta moneda del entendimiento, sino toda la idea contenida en el libro, vulgarizada por el libro, pues la idea es la que principalmente constituye el valor del libro, y atestiguar el progreso por el hecho del libro es atestiguarlo en realidad en el hecho de las ideas.

Sobre este último terreno vamos á llevar el debate para justificar el dogma de la perfectibilidad.

¿Sabeis, mi ilustre maestro, que por vuestra manera de plantear las cuestiones arrojais á cada momento la réplica en crueles perplejidades?

Ahora mismo confundiais el libro y la idea, y luégo confundís la idea con la poesía. La idea tiene, sin embargo, un sentido determinado en la lengua de la filosofía, en tanto que la idea, propiamente dicha, significa nocion y únicamente nocion. Buscar el progreso

en el órden de ideas es buscarle en el órden del conocimiento; ni la poesía, ni la elocuencia, ni esta ni la otra tienen que intervenir aquí en el debate: separo, pues, respetuosamente á Homero y á Job por causa de incompetencia.

Pero despues de haber apartado este primer obstáculo, tropiezo con un nuevo impedimento.

Se podria aún en rigor replicar á estos argumentos, porque en el órden de la lógica yo abogo ante la razon, y la razon no acepta en su tribunal más que razones. Pero á los nombres propios, á las estátuas, á los ídolos levantados ante nosotros desde la altura de los siglos y perfumados con el incienso de todos los pueblos, cubiertos de todas las guirnaldas y de todos los aceites olorosos de los pedagogos y de los gramáticos, consagrados y santificados desde los bancos del colegio por todas las adoraciones y las genuflexiones de diez, veinte y treinta generaciones, ¿qué tenemos qué responder, qué tenemos qué decir sino caer de rodillas y humillar nuestra frente en el polvo?

—¿Ves esto? decia un dia en plena sinagoga un rabino á Spinosa.

Y le enseñaba un instrumento misterioso y terrible que nadie hasta entónces habia osado mirar, pues era por este instrumento, como por la trompeta del juicio final, por donde Dios en persona soplaba su cólera y lanzaba la excomunion.

—Lo veo, respondió friamente Spinosa, es una corneta.

El filósofo dijo aquella palabra del misterio, y el anatema perdió su prestigio.

Pero ¿quién podria hoy reivindicar contra el fetichismo de la antigüedad la independencia de espíritu de Spinosa sin hacer estremecer de horror la sinagoga y hasta hacer gritar á la piedra: «sacrilegio»?

No puedo, sin embargo, dejar de notar que para juzgar sabiamente los génios del pasado, debemos, tanto unos como otros, precaver nuestra imaginacion contra los efectos de lo lejano. El espíritu tambien tiene su ilusion de óptica. La gloria remonta á la antigüedad; á su mérito intrínseco el tiempo añade un reflejo de suplemento. El tiempo basta para formar una gloria á falta de otro mérito.

Ciertamente que la Minerva de Fidias podia desde el primer dia pasar por la personificacion más hermosa de la sabiduría armada. Pero la multitud la habia visto salir del mármol bajo el cincel del artista, la habia visto conducir por una caballería desde el taller á la Acrópolis, y con preferencia á esta divinidad de ayer, nacida á la vista, si así puede decirse, va á adorar en un rincon del templo no sé qué Pálas antigua, esculpida en los buenos tiempos de la Grecia sobre un tronco de peral salvaje y embadurnada de

bermellon. Pero allí estaba siempre y exclusivamente para el pueblo la verdadera diosa.

¿Qué es un fetiche? Un pedazo de madera viejo.

¿Qué es un noble? Una tira cortada de pergamino.

El tiempo, y sólo el tiempo, es el que constituye sólo todo su valor.

¿Habeis notado alguna vez en el Museo del Louvre un grano de trigo cuidadosamente guardado en una urna de cristal? ¿Qué ha hecho aquel grano de trigo más que los otros para figurar así en el estado de monumento sagrado en el fondo de un relicario? Que ha reposado por espacio de tres mil años bajo los pliegues de las vendas en una necrópolis de Egipto. Tiene tres mil años de fecha, y esta fecha alcanza á los Faraones.

Los nombres de los hombres no atraviesan impunemente treinta siglos, pues adquieren á través de esta peregrinacion, á través del tiempo, no sé qué mágica aureola, independiente de las obras de su ingenio. Nosotros no poseemos ni un solo verso de Orfeo, y sin embargo, ¿quién se atreveria á comparar á Orfeo el poeta más grande de la actualidad? El amante de Eurídice flota siempre á las miradas ofuscadas entre el cielo y la tierra, entre las estrellas y las flores de los prados.

No pensamos poner en parangon el génio de la víspera con el génio de la antigüedad para demostrar el progreso de las ideas, porque en el paralelo tendría-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" MONTERREY, MEXICO

mos en contra el tiempo, es decir, las preocupaciones.

No buscamos si un filósofo ó un moralista de nuestra época ha pensado más profundamente que Job, como decis, ó soñó mejor que Platon. No podríamos hacer chocar entre sí nombres propios sin que de este choque saliese una chispa sobre la discusion.

Planteemos la cuestion de otra manera si queremos resolverla.

Preguntamos sencillamente si los hombres de hoy tienen más ideas, más ideas justas, bien entendidas y no huecas, como los hombres de otras veces, y si las ideas de nuestro tiempo brillan sobre mayor número de inteligencias que en el tiempo del paganismo.

Acrecentamiento de conocimientos y difusion de estos conocimientos adquiridos, son las dos condiciones del progreso de las ideas. ¿La Europa las ha realizado una y otra desde el Renacimiento? Hagamos el balance de la verdad.

Pero veo ya, al reflejo de la lámpara encendida en este momento sobre mi mesa, salir de la sombra el triste y austero espectro de Pascal, que reclama la primacía. ¡Pobre génio turbado, arrojado bruscamente á la entrada del porvenir y estremecido con un sentimiento de terror! Él conservó toda su vida la majestuosa melancolía de la aurora de Miguel Angel. La naturaleza le habia hecho profeta; él fué el primero que penetró con su mirada en el mundo del progreso;

pero despues de haber entrevisto la luz entró en la noche de la Edad Media con un grito de desesperacion. Sin embargo, no por eso deja él de ser el primero que ha desgarrado el velo del santuario.

Le dejo, pues, la palabra; la verdad en su boca tendrá mayor autoridad.

«No solamente cada uno de los hombres, dice él, avanza de dia en dia en las ciencias, sino que todos los hombres juntos hacen un contínuo progreso á medida que el universo envejece; porque lo mismo sucede en la sucesion de los hombres que en las edades diferentes de un particular. De suerte que los hombres que se suceden durante el curso de tantos siglos deben ser considerados como un mismo hombre que subsiste siempre y que aprende contínuamente; de donde se ve con cuánta injusticia respetamos la antigüedad en los filósofos, pues así como la vejez es la edad que está más distante de la infancia, ¿quién no ve que la vejez de este hombre universal no debe buscarse en los tiempos más próximos á su nacimiento, sino en aquellos que están más distantes?»

Vos sois por el génio de la familia de Pascal. ¿Reconoceis la voz de la sangre en este lenguaje? Volvamos ahora á la demostracion y al razonamiento del sublime géometra, añadiendo dos siglos más de argumentos.